

***La Locura por Causa de Cristo. Análisis  
Comparativo  
Entre Simeón de Émesa “El Loco” y  
Diógenes de Sinope “El Perro”***

José Miguel Vicente Espinosa  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

Colección: Galeatus  
Fecha de Publicación: 20-06-2005  
Número de páginas: 9  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **HazHistoria S.L.**

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.hazhistoria.net](http://www.hazhistoria.net)

## Descripción

### Resumen

El presente trabajo supone una aproximación al fenómeno de los *saloi* o locos por cristos. Una forma de monacato originada en oriente en la que el asceta se hace pasar por loco. Además el autor nos ofrece un estudio comparativo de esta "locura" y la del filósofo clásico Diógenes el cínico.

### Palabras Clave

Historia de la religión, filosofía clásica, monacato, locura

### Personajes

- Simeón de Émesa
- Diógenes de Sinope "El Perro"

## ***La Locura por Causa de Cristo. Análisis Comparativo Entre Simeón de Émesa "El Loco" y Diógenes de Sinope "El Perro"***

"Nadie se engañe: el que se considera listo entre vosotros al modo de este mundo, vuélvase necio para ser listo de veras. Porque el saber de este mundo es necedad a los ojos de Dios." (Primera epístola a los corintios de S. Pablo 3.18).

En esta alocución del apóstol Pablo, podemos observar uno de las justificaciones más antiguas y de más autoridad de lo que después pasó a ser una de las manifestaciones religiosas que se presentan más curiosas a los ojos del interesado moderno, esta es "la locura por causa de Cristo". Se trata pues de un movimiento ascético de tipo radical que, al igual que otros, se dio a lo largo de la época bizantina y tuvo su origen en el Oriente Próximo pasando a extenderse fuertemente en Rusia y otros países del ámbito eslavo fundamentalmente a la caída del Imperio Bizantino. Podemos asimismo afirmar que la santa locura fue una más de las peculiaridades de la Iglesia Cristiana Oriental y que Rusia adoptó estos ejercicios religiosos, como ocurrió con el resto de aspectos de esta iglesia, en tanto que el dominio turco se extendió sobre las demás regiones.

El σαλος δια του Χριστου es en realidad un asceta que se hace pasar por demente ocultando que el verdadero hecho que lo empuja a actuar de tal forma es la devoción.

En las vidas de los saloí que se nos han conservado éstos se empeñan en eliminar cualquier sospecha de santidad que alberguen los observadores para los que el santo actúa (Simeón incluso llega a simular pretensiones obscenas hacia la esposa de uno que descubre su carácter santo). Realmente el salós actúa de modo artificial cuando lleva su vida normal, como si interpretara un papel (1). De hecho hay ejemplos de algunos saloí que rezan constantemente a solas y cuando sienten la presencia de alguien comienzan hacer aquello que suelen hacer para aparentar ser locos (2). Si analizamos cuáles son las razones por las que se llevaban a cabo estas prácticas, encontramos que son varias, por un lado, al igual que en otras muchas costumbres religiosas, el acto en sí de hacerse pasar por loco en una ciudad a la que se llegaba como forastero, es un suplicio que serviría para expiar culpas y demostrar ante Dios la capacidad de entrega. Por otra parte, busca igualmente la reacción en los otros, en aquellos ante los que se representa el papel de loco. Es éste último sin duda el más característico de los aspectos de la práctica que nos ocupa, pues es en las formas tan extravagantes, ridículas e incluso agresivas del loco donde se puede hacer diferencia entre ésta y el resto de formas en las que se muestra la devoción hacia Dios. El santo loco pretende la reacción de los que le rodean pues no hay duda de que obra sabiéndose observado y convertido en centro de atención gracias a sus extrañas actitudes; en este sentido es lícito afirmar que tal tipo de locura constituye un movimiento de choque frente al pecado, a lo material, etc., aunque en un sentido que más tarde matizaremos. El propio Leoncio de Neápolis al hablar de Simeón dice que tenía dos objetivos en su vida: "en primer lugar, salvar almas, ya fuera por medio de castigos impuestos con gracia o con astucia, o mediante milagros realizados de forma insensata, o a través de órdenes dadas a los ciudadanos mientras representaba su papel de loco; y en segundo lugar, mantener oculta su virtud para no recibir honra ni alabanza

de los hombres" (3). De este modo el salós se comporta como otro santo cualquiera de esta época, pero con la peculiaridad de utilizar la locura como "camuflaje" para rechazar el pecado del orgullo, con lo que ya tenemos otra de las características que venimos perfilando en cuanto a lo que se refiere al porqué de la conjugación entre locura y religión.

El salós muestra en sí mismo el control total del cuerpo, cuando Simeón entra en el baño de mujeres desnudo o cuando lo acarician las prostitutas y ni se inmuta en ninguno de estos momentos. Con ello el santo pretende dar fe de que realmente él es capaz de mantenerse cercano al pecado, pero sin sucumbir, pues lógicamente si el monje posee un control total y se halla en verdad lejos del demonio, aunque parezca paradójico, donde mejor puede demostrarlo es acercándose a él. Así damos con otra de las características importante: el hecho de que esta forma de monacato impulsa al asceta en muchos momentos a acercarse al pecado para alejarlo. Algo que provocó que muchos se convirtieran en detractores de esta práctica e incluso se llegase a condenar en el concilio de Trulo (año 692).

La ausencia de determinadas "pasiones" humanas en el salós, explica también determinados comportamientos alejados de toda convención social; así estos santos particulares son capaces, en algunos casos, de defecar en público sin mostrar el más mínimo gesto de vergüenza, de vivir en la calle, de no sentir asco cuando hacen cosas repugnantes a los ojos de los paganos, tal como sucede con S. Andrés cuando bebe de los charcos y duerme en estercoleros o como S. Simeón al entrar en Émesa con un perro muerto atado a la pierna. Igualmente es común entre los saloí el rechazo del bien material y la costumbre de llevar una vida frugal; imitando a Cristo, no sólo abandonan sus posesiones, sino que en ocasiones mendigan con el único fin de repartirlo entre los necesitados. Otro de los lugares comunes de los saloí es el rechazo a que se ven sometidos pues, como debemos suponer ocurría con los locos verdaderos, en las narraciones que nos transmiten sus vidas es frecuente que sean insultados o incluso golpeados, violencia que, por otra parte, no suelen repeler, sino que la aceptan como una forma más de penitencia. Estas manifestaciones que venimos describiendo, y que constituyen más o menos un esbozo de lo que vino a ser la locura sagrada, nunca hubieran podido llevarse a cabo de no ser por el contexto particular en el que se produjeron. En verdad, sobre todo en las provincias orientales del Imperio Bizantino, eran comunes prácticas ascéticas que empujaban al creyente a llevar una vida radicalmente diferente de la que se suponía normal. Una visión general de excelente calidad acerca de esto nos la ofrece la lectura de Juan Mosco en su obra *El prado* (4); en ella el autor narra en brevísimas historias anécdotas vividas o recibidas de otros que ha ido recogiendo en sus visitas a los cenobios y lauras de toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Era común, como refleja Mosco, la práctica del estilitismo que, como es sabido, consistía en vivir durante largas temporadas e incluso toda la vida en lo alto de una columna sin bajar para nada y que precisa, como la locura de que estamos tratando, de un cierto grado de "apatheia". Frecuentes eran así mismo los llamados boskoí, monjes por lo general, que se apartaban de todo contacto humano y se refugiaban las montañas sin hablar con nadie tomando como alimento tan sólo hierbas recolectadas, otros hacían votos de silencio, etc.

De este modo, parece ser que había un conjunto de tendencias, a las que no eran ajenos los saloí, y que sin duda estuvieron dotadas de una evidente anomalía en el

comportamiento. No en vano Leoncio de Neápolis describe varias fases en la "formación" ascética de Simeón de forma que este, según dice, primero fue monje en un cenobio abandonándolo todo, al día siguiente, se hizo boskós o monje herbívoro, para más tarde marchar a Émesa a predicar bajo el disfraz de loco. De ello se deduce, y así lo explica Evagrio en su *Historia Ecclesiastica* (5), una intención de insertar grados en la capacidad ascética, así el salós viene a ser, al menos en el caso de Simeón, un monje adelantado que, después de ser boskós y conseguir una tremenda paz interior, se siente capacitado para volver al mundo de los mortales y demostrar allí, mediante un comportamiento especial, lo aprendido en la cercanía de Dios. No deja de ser sorprendente la similitud de este proceso con otro que se refleja en la religión mazdeísta, aunque tampoco es exclusivo de ella, en el mito de Zoroastro cuando éste se retira a las montañas y baja después para difundir lo aprendido; y es que lo que tal idea refleja en líneas generales, esto es, el alejamiento de la sociedad como actividad religiosa para pasar a un estado de armonía con la divinidad, fue una constante en el ámbito geográfico de Oriente Próximo que salpicó a muchos momentos y religiones.

Además es importante el aspecto curativo y milagrero de los santos; como afirma C. Mango (6), es difícil imaginarnos hoy la mentalidad de esta época para la que el mundo estaba plagado de demonios. Contra ellos la figura del santo, y como tales nuestros salói, era esencial (7).

Retomando la figura de Simeón, diremos que el relato de su vida en Émesa como loco, que por otra parte se desarrolla bajo el reinado de Justiniano (527-565), está plagado de anécdotas más o menos rocambolescas en las que el narrador (Leoncio de Neápolis) pretende hacer resaltar sus tremendas dotes para evitar y denunciar el pecado existente en los hábitos de la ciudad. Las prácticas más comunes en Simeón y así refleja su biógrafo, fueron los arrebatos de locura, la taumaturgia (a través de la cual leoncio presenta a Simeón como un alter Christus), la pasividad ante las tentaciones y el disimulo de su carácter santo.

La *vida y conducta de S. Andrés* de Nicéforo (s. X) es otra de las más famosas vidas de salói que la literatura Bizantina nos ha legado. En este caso, se trata de un personaje inventado a través del cual, su autor emula las hazañas de S. Simeón de Émesa. Pues bien, S. Andrés era un esclavo escita que haciéndose pasar por loco consiguió que su dueño lo llevara a la iglesia de Santa Anastasia para que recibiera que la santa lo curase. Fue de este modo como consiguió liberarse para pasar a llevar una vida de perro en sentido estricto. S. Andrés es el salós que más influye en la "santa locura rusa".

En verdad la literatura nos aporta más ejemplos de locos por causa de Cristo anteriores y posteriores con respecto a S. Simeón y S. Andrés (8), pero los más conocidos y que más culto recibían fueron estos dos. Suponemos que este culto del que hablamos era también una imitación de sus estilos de vida, pero no se nos han conservado referencias biográficas expresas, además, mientras se aceptaba la santidad y buen hacer de los dos santos locos por excelencia, se generó el descrédito de aquellos que pretendían llevar vidas parecidas. Un ejemplo de las críticas proferidas contra estos se nos revela en las *Catequesis de Simeón el Teólogo* (ss. X-XI) (9).

No se nos debe pasar inadvertida una similitud entre estos σαλοι δια του Χριστου y otra corriente anterior de raros personajes del ámbito griego algo más antiguos, nos referimos a los cínicos. Desde aquí y hasta el final del presente estudio iremos desarrollando tales coincidencias y diferencias que se dieron entre estos dos movimientos, y nos serviremos para ello fundamentalmente de dos textos que, y eso hace más fácil la comprensión, parten de un hecho coincidente; estos textos son: la *Vida de Simeón el loco* de Leoncio de Neápolis, y la vida de Diógenes de Sinope "el perro" que se halla en el conjunto de las *vidas de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio (10).

Las coincidencias de las que hablamos a la hora de comparar ambas vidas literarias son evidentes más allá de su carácter biográfico: sus autores comulgan con la "filosofía" que se desprende de aquellos a los que retratan y, aunque la fama puede haber adornado, manipulado o inventado más de uno de los hechos que se cuentan, apenas hay duda de que estos personajes vivieron en realidad; otra similitud que presentan en los modos de enfrentarse a la obra literaria tanto Leoncio como Diógenes, es el carácter anecdótico de las mismas. Esto ayuda a aumentar el tono humorístico aunque también es justo decir que se trata de dos humores diferentes; si bien en Diógenes Laercio ese humor es explícitamente pretendido como forma de crítica filosófica, en lo que respecta a Leoncio, no podemos decir con exactitud si la contemplación de las vidas de estos santos era algo gracioso o estaba llena de devoción. Nosotros, los de ahora, no podemos por menos que reír ante la imaginación de alguien como Simeón o incluso de los estilistas u otras formas tan extravagantes de vida.

Empezando por el espacio en el que se desenvuelven las vidas de ambos, diremos que los dos se desligan de sus ciudades natales para pasar a otro lugar como extranjeros, Diógenes lo hace desterrado y Simeón tras abandonar sus posesiones y a su anciana madre para imbuirse en la vida monacal. Curiosamente uno conserva como epónimo el nombre de la ciudad de la que lo destierran, Sinope, mientras que el otro, Simeón, toma el de la ciudad que lo acoge, Émesa. Es inevitable destacar la importancia de la ciudad como centro de convivencia complejo en el que se pueden dar estos personajes. La actitud de ambos hacia ésta es similar, uno y otro la utilizan porque es el medio en el que se da todo aquello que rechazan. Ya dijimos que la santa locura es un pensamiento de choque, esto es que se produce contra las acciones de los demás y parece buscar una reacción en aquel que observa al loco. El cínico hace lo que predica y con sus palabras y sus obras denuncia la falsedad del mundo que le rodea. Ninguna de estas cosas se podrían haber llevado a cabo fuera del ambiente urbano.

Uno de los hechos más superficiales de Simeón y de Diógenes que los aproximan es la particular vida que llevaban; sin temor a equivocarnos, diremos que el apelativo κυνικος ("perruno") con que se denominaba a los seguidores de Diógenes, podría igualmente haberse aplicado al conjunto de los santos locos, si Diógenes vivía en una tinaja, y tenía como únicas posesiones un manto y un zurrón, Simeón residía en una cabaña que imaginamos de lo más austera y usaba un cinturón de cuerda para atarse también el manto viejo que resultaba ser su única vestimenta (11). La pobreza buscada, o al menos no rechazada, es otra de las marcadas similitudes que irán dando forma al estudio que nos planteábamos. El loco era austero por voluntad propia y por devoción a Dios, pues cuando quería podía, como hizo Cristo con los panes y los peces, hallar alimento donde



no lo había: como en una ocasión en que invita a unos que encuentra fuera de la ciudad a un almuerzo opulento que se había conseguido sólo con rezar (12). No obstante vivía con los vagabundos y llevaba la misma vida que ellos. De Diógenes tenemos varias anécdotas que giran en torno a su mendicidad, como cuando pide limosna a una estatua para acostumbrarse a ser ignorado (13). Sin embargo cuando se presentaba la ocasión comían como leones, una particular coincidencia es su gusto por atiborrarse de altramuces, Simeón acaba con todos los altramuces que le había encargado vender uno que no sabía de su locura (14), Diógenes se pone a comerlos frente a uno que daba un discurso, al hacerlo llama la atención del público e interrumpe al orador sin importarle (15).

Continuando con la relación entre las dos tendencias que venimos tratando y el dinero o la riqueza, diremos que se establecen varios parecidos, si bien el santo rechaza todo bien material en imitación a Cristo y a lo que éste hizo, Diógenes critica desde su raíz el dinero y el lujo que considera engaños de la sociedad que le rodeaba y dice que: "la pasión por el dinero es la metrópoli de todos los males" (16). Pero no sólo es una actitud de desprecio o inconformismo hacia el dinero, sino que llegan realmente a vivir de un modo frugal y desprecian todo bien por considerarlo bien algo material que sólo puede satisfacer al cuerpo en el pecado, bien por considerar que el hombre se ha complicado la existencia con montones de cosas superfluas que lo esclavizan. Son formas diferentes de enfrentarse a mundo las de uno y otro así como las razones con las que se justifican tales formas, sin embargo, hacemos aquí hincapié en que los de ambos son actos de enfrentamiento y rechazo profundo a lo establecido.

La denostación era un arte que manejaban a la perfección, en el texto de Leoncio Simeón acostumbra a dirigirse al resto de la gente con insultos del tipo "imbécil, necio, etc."; el cínico es más sutil, y aunque también trata a la gente con desprecio, lo hace a través de recursos más sofisticados, como cuando pedía a uno dinero y al no dárselo arguyendo "si lograras convencerme..." le contestó: "si lograra convencerte ya lo habría hecho para que te ahorcaras".

No podemos obviar una de las mayores características que definen a los cínicos y, como ya a quedado expresado, a los saloí, es la impasibilidad y la no atención a las convenciones sociales que son inventadas por los hombres, así Simeón es capaz de entrar en el baño de las mujeres tras pasearse desnudo por la calle con su vestimenta enrollada en la cabeza e incluso defeca en pleno ágora sin enrojecer para mostrar a todos que actuaba fuera del estado natural de su mente (17); de Diógenes se nos dice en una ocasión que se masturbaba en pleno ágora (18). Ya dijimos para los saloí que el control de cuerpo les motivaba para realizar cosas que aparentemente resultaban pecaminosas para cualquiera de los otros mortales, la actitud general de Diógenes viene dada más bien por estar más allá de todo aquello que él consideraba falso y antinatural; éste hace una clara diferencia entre las convenciones y demás, que formarían parte del *nomos*, y las cosas que son verdad y que estarían asociadas a la *physis* que es lo único que lo guía. Simeón desprecia lo dictado por el hombre, pero porque él cree en una ley superior y divina claro está. No debemos olvidar en este sentido que Diógenes rechaza toda superstición, y llega a burlarse de una fiel mientras hace un gesto de genuflexión al decirle a ella que su postura era una tanto obscena (19).

Realmente el cínico es un asceta a su modo. Como consecuencia de una forma de pensar y entender el mundo, Diógenes decide llevar a cabo lo que su razón le dice. Su ascetismo particular consiste en ejercitar la virtud mediante la filosofía y a la vez en ir despojándose de aquello que entiende superfluo (como cuando vio a un niño beber de una fuente usando las palmas de las manos y arrojó su cántaro para no usarlo más) (20). Del mismo modo afirmaba que "así como los acostumbrados a vivir placenteramente cambian a la situación contraria con disgusto, así los que se han ejercitado en lo contrario desprecian con gran gozo los placeres" (21).

La actitud ácida e hiriente de nuestros protagonistas unas veces, y otras el poco apego a las costumbres de sus conciudadanos, genera en estos una violencia que se nos presenta en numerosas ocasiones: cuando Simeón entra en Émesa lo golpean los niños de la escuela, las beatas de una iglesia a las que increpa arrojándoles nueces, el vendedor de posca que le confía su tenderete después de que Simeón coma y reparta todo lo que tenía que vender, etc. Llega por ello a decirse a sí mismo: "pobre Simeón, en verdad, así no duras en manos de éstos ni una semana" (22). De igual modo a Diógenes le dan puñetazos en varias ocasiones por llegar a crispar los nervios de alguno a quien increpaba, o en otra ocasión se nos narra cómo lo echaron de un banquete por acudir allí sin afeitarse (23).

No hay coincidencia entre Simeón y Diógenes a la hora de acontecerles la muerte, de modo que el primero evita, como es normal en él, la fama retirándose a su choza cuando presiente que está a punto de morir, aunque después es descubierto y comienza a asignársele la gloria que él mismo había rechazado en vida; el otro, recordemos que abominaba las costumbres supersticiosas y convencionales, en actitud subversiva había llegado a pedir que cuando muriera lo dejaran en cualquier lugar para que cualquier animal pudiera alimentarse de él (24).

No hay duda de que ambos, cada uno a su modo, fundaron "escuela", o dicho de otra forma, que fueron los más importantes representantes de dos tendencias diferentes pero con algunos rasgos paralelos. De hecho no se puede denominar escuela filosófica, como se ha pretendido, al cinismo que era más bien la antiescuela, y por ello no paraba de meterse con las enseñanzas de Platón. La locura por causa de Cristo tiene igualmente poco de costumbre monacal oficial, sino que se produce de modo esporádico en otras ciudades a imitación de Simeón. Debemos decir que, aunque no se dio en ninguno de los dos movimientos la relación típica de maestro y discípulo que hallamos en otros, debió haber un gran número de seguidores de estas "doctrinas" anónimas que repetían (quizá no con la misma virulencia) las anécdotas de sus inspiradores por las ciudades de la antigüedad unos, y de la época bizantina otros.

No es nuestra intención al poner en paralelo ambas tendencias demostrar o desvelar relaciones entre ellas, pues es evidente que no tienen nada que ver en su concepción filosófica ni en otros muchos aspectos, a pesar de las coincidencias en los estilos y géneros utilizados por Leoncio y por Diógenes Laercio, no es demasiado importante si el primero supo de la obra del segundo o si se pudo o no inspirar en ella para relatar la vida de él más importante. Lo que aquí nos importa es desvelar una serie de costumbres que no atienden a lo establecido, bien por convicción personal, bien por seguir a Cristo, y que a la vez muestran un tono humorístico de gran valor en lo que se refiere a la literatura griega antigua. Lo más probable es que si Diógenes y Simeón se



hubieran encontrado en vida, salvando las distancias cronológicas claro está, uno y otro se habrían mirado estupefactos para después iniciar una larga discusión sobre principios o pasar directamente a insultarse. No sería mala idea inventar un pequeño escrito en tono de humor que reflejase tal anacrónico encuentro. El tema como vemos da mucho juego tanto por lo entretenido del estudio, como por lo desconocido.

- 
- [1] Incluso Juan de Éfeso nos describe una pareja de santos mimos en su obra: Joannes Ephesinus, *Commentarii de beatis orientalibus*, cap. LII, ed. Y trad. E. W. Brooks, PO 19 (París, 1925).
- [2] Así sucede y se nos narra en la *Vie (et recits de l'abbé Daniel le Scetiote*, ed. L. Clugnet, París 1901, c. 7, pp. 22-25.
- [3] *Vida de Simeón el loco* de Leoncio de Neápolis, 157. (Ver nota iv).
- [4] Encontramos el texto en su traducción española de J. S. Palmer en la obra *Historias de locura y santidad*, "el Prado", Juan mosco. "Vida de Simeón el loco". Ed. Siruela.
- [5] Evagrius Escholasticus, His. Eccl. I, 21, ed. Bidez-Parmentier, Londres 1898, pp. 31- 32.
- [6] "el santo" en *El Hombre Bizantino*, ed.G. Cavallo, Madrid, 1992, pp.347-348.
- [7] En este sentido cf. el artículo de J. S. Palmer: "La aretología cristiana en la Vida de Simeón el loco, de Leoncio de Neápolis" *Erytheia* 16 (1995) 35.
- [8] En este sentido José Simón Palmer hace un excelente repaso de los santos locos que conocemos a través de los textos en su artículo: "Los santos locos en la literatura bizantina", *Erytheia* 20 (1999) pp. 57-74.
- [9] Acerca de esta obra y sus contradicciones, cf. A. Kazhdan, "Observaciones preliminares sobre la concepción del mundo del místico bizantino de los siglos X-XI Simeón (dos apéndices) *Erytheia* 17 (1996) 73-117.
- [10] A partir de aquí nos referiremos a ambas como *Vida de Simeón el loco*, para la traducción mencionada más arriba de J. S. Palmer; y como *la secta del perro* al mencionar el texto de Diógenes el perro pues en esta obra de Carlos García Gual hallamos una traducción de la misma.
- [11] *Vida de Simeón el loco*, 145 y 146.
- [12] *Vida de Simeón el loco*, 163-164.
- [13] *La secta del perro*, 122.
- [14] *Vida de Simeón el loco*,146.
- [15] *La secta del perro*, 171.
- [16] *La secta del perro*, 122.
- [17] *Vida de Simeón el loco*,148 - 149.
- [18] *La secta del perro*, 120.
- [19] *La secta del perro*, 116.
- [20] *La secta del perro*, 116.
- [21] *La secta del perro*, 132.
- [22] *Vida de Simeón el loco*,145 - 146.
- [23] *La secta del perro*, 118 y 114.
- [24] *La secta del perro*, 135. Esto es uno de los horrores más temidos en la antigüedad y referencias a ellos aparecen al comenzar la *Ilíada* en los versos 4 y 5 del libro 1º.